

2

OPINIONES SOBRE LA PRIMERA BIENAL DE ARTE JOVEN

Por Daniel Kon y Ernesto Schóó

Prolijas, profesionales, asépticas. Así resultaron muchas de las críticas "serias" que mereció la **Primera Bienal de Arte Joven, "Buenos Aires Bien Alto"**.

Prolijas en la descripción de cada una de las áreas en exposición, profesionales en la evaluación y juzgamiento estético de las obras. Pero **lamentables en su asepsia**.

¿Se puede, acaso, juzgar una muestra de estas características con objetividad y neutralidad profesional?

No se puede (y no se debe) si al mismo tiempo no se rescata, al menos, el enorme valor y **la importancia de un espacio de libertad semejante**.





Porque lo verdaderamente conmovedor, en la Bienal, fueron los miles de chicos y chicas, artistas plásticos, diseñadores de moda, fotógrafos, historietistas, actores y directores, realizadores de cine y video, músicos y compositores, bailarines y coreógrafos, que le dieron vida hasta transformarla en **un verdadero muestrario, con sus aciertos y errores, de las manifestaciones artísticas y culturales de una generación.**

Recorrer la zona de la Recoleta, entre el 10 y el 20 de marzo, fue como asistir a **la confirmación de un milagro.** ¿Por qué extraño impulso este país sigue gestando, pese a todo, tanta energía creadora? ¿De dónde salieron los miles y miles de artistas jóvenes que poblaron la Bienal? ¿No eran estos chicos "los tontitos", los "hijos del proceso", los "cabezas huecas"?

Con frases por el estilo se ha juzgado, de unos años a esta parte, el comportamiento de la nueva generación. Y lo sorprendente es que los que descalifican no siempre tienen muchos años más que los descalificados. Muchos "viejos" de poco más de 30, todavía inflamados de furor setentista, ven a los nuevos como al producto de un cuidado lavado cerebral diseñado por la dictadura.

Se les reclama "compromiso social" y "fuerza testimonial". Y si responden desde sus propias formas culturales se los descalifica groseramente.

En respuesta al reclamo de "contenidos" los chicos contestaron con indiferencia o defendiendo sus propios espacios y su derecho a crear y -herejía imperdonable- a cantar y a bailar.

ESPACIO DE LIBERTAD

Por supuesto, la evaluación crítica también es posible. Nadie pretende, seriamente, una exaltación acrítica de lo expuesto en la Bienal; ni siquiera una descripción perdonavida en virtud de la edad de los seleccionados.

La estética "posmo" (o sus pretendidas derivaciones desembarcadas en estas costas) cundió en algunas áreas. Un esfuerzo bastante ingenuo e inocultable por ser, o parecer, "moderno" resultó evidente en muchos de los trabajos. Pero, en medio de la cantidad de obras y actividades simultáneas, fue posible rescatar una buena cuota de material valioso. Los mismos jóvenes (el público visiblemente mayoritario), hacían sus recomendaciones boca a boca y así algunos eventos terminaron resultando multitudinarios.

Merece la pena destacar el nivel de los jóvenes diseñadores de moda. Cada desfile en el Anfiteatro San Martín de Tours terminó convirtiéndose en una fiesta.

Algunas obras de teatro sobresalieron del resto. Es el caso de "Los Fabricantes de Tortas", del duo Urdapilleta-Barea o de "Medea, paisaje de hembras".

Las coreografías de Ana Frenkel cosecharon los mayores elogios y, en música popular, rápidamente se destacaron Sarten System y la cantante Carmen Baliero.

Algunos dibujantes de historietas (más que los guionistas), la mayoría de los trabajos de diseño industrial y un puñado de fotógrafos y diseñadores gráficos se ganaron también su lugar en la lista de recomendables.

Una lista de la que sería injusto excluir a los coordinadores de cada área y a los cientos de chicas y muchachos que, en la mayoría de los casos desinteresadamente, colaboraron con la Bienal.

2 OPINIONES SOBRE LA PRIMERA BIENAL DE ARTE JOVEN



Por supuesto, hay mucho por mejorar. Tanto algunos detalles organizativos como ciertos criterios de selección (la designación de los jurados de artes plásticas fue uno de los puntos más controvertidos) pueden ser revistos.

Pero subrayar sólo estos aspectos en medio del apasionante esfuerzo que la Bienal representa como **fenómeno sin antecedentes** sería, además de injusto, bastante mezquino.

No hay que olvidar que en nuestro medio los jóvenes, cuando no fueron perseguidos o sospechados por el mero hecho de serlo, fueron **subestimados destinatarios de discursos huecos y proyectos paternalistas**.

Una vez más, vale la pena recordar que **cada espacio de libertad, en la Argentina, sigue siendo una batalla ganada contra el fascismo**.

En la cuarta, quinta o décima edición de la Bienal, cuando la libertad no sea un territorio a disputar, cuando la democracia sea una vieja costumbre, los que no somos críticos de arte tal vez nos callemos.

Dejaremos a los especialistas hacer tranquilos su tarea. Mientras tanto, tenemos derecho a hablar. **AC**

Daniel Kon

Visité dos veces la Primera Bienal Latinoamericana de Arte Joven, en la Recoleta (10 al 20 de marzo de 1989). En sábado, ambas ocasiones, lo que equivale a multitud. Imposible, entonces, dar a estas líneas otro carácter que no sea el esencialmente subjetivo del Diario del viajero apresurado que, en un día de fiesta, toma el tren atestado rumbo al lugar de moda y anota luego sus impresiones fugaces, sus observaciones al pasar.

No se me escapó la intención política de la Bienal, y no la juzgué perversa, ni mucho menos. Al contrario. Siempre hay política detrás de semejantes manifestaciones, sea cual fuere su índole -festivales de cine, ferias del libro, exposiciones internacionales- y en cualquier lugar del mundo, así que ¿por

qué no? Fue, por sobre todo, una mirada afectuosa del Estado que suele mostrar un ceño adusto hacia la juventud, es decir, hacia el futuro del país. Por una vez, no se puso el acento únicamente en el problema de la droga, ni se trató de vender nada a los jóvenes: ni gaseosas, ni yogures, ni zapatillas, ni jeans. Se les abrió un espacio de libertad, rasgo fundamental -y conmovedor, por lo insólito en la Argentina- de un gobierno al que se ha enjuiciado ferozmente por sus fallas, y no se le ha otorgado suficiente crédito por la inédita aventura de libertad, en todos los órdenes, que propuso desde su asunción.

Aquí se roza, creo, una de las cuestiones básicas planteadas por la bienal. Se atribuye tradicionalmente a la juventud el ejercicio de una maravillosa, mítica libertad que luego se perdería junto con las responsabilidades de la vida adulta. Y se enjuicia severamente al





"sistema" culpable del deterioro. En la Argentina se presentan circunstancias que vale la pena tener en cuenta: si por un lado pesa un autoritarismo tradicional, visible en la educación y en sus consecuencias evidentes sobre el cuerpo social (desconfianza de la imaginación, excesivo sometimiento al culto de las apariencias, pacatería, pasividad, timidez para expresar las diferencias, etcétera), por el otro no debe olvidarse que las fuerzas supuestamente liberadoras no hicieron, especialmente en el decenio del 70, sino aplicar esos mismos esquemas, y hasta corregidos y aumentados, sólo que oponiendo el signo de un marxismo mesiánico al de un liberalismo más formal que auténtico.

De tales contradicciones se nutre una juventud que -uniéndose a sus contemporáneos de casi todo el Occidente, aún en las naciones desarrolladas- desconfía profundamente, y con razón, de cualquier propuesta que

le formulen sus mayores. Y si la invitación a participar fue, de parte de las autoridades, generosa y cordial, me parece que no hubo, de parte de los beneficiarios, una respuesta equivalente. Tuve la impresión de que no había entrega. Sí, un aproximarse con prudencia, de cachorro que mueve la cola y, a la vez, se mantiene a distancia porque no sabe todavía donde se mete, ni qué recepción tendrán sus monerías. La entrega se dio -y esto fue, creo, lo más importante y lo que justifica la Bienal- en el tumulto, en el gusto del encuentro, en el codearse y hasta restregarse (esto resultó inevitable en los nada cómodos ambientes en que se desarrolló la feria), en la alegría espontánea de la diversión. Diversión que podía surgir de algo tan simple como servirse del puente, construido "ad hoc", para unir ambos márgenes de la Avenida Alvear, entre el Centro Ciudad de Buenos Aires y el antiguo Palais de Glace.